

LÓPEZ, CARLOS. *La huelga proletaria como problema filosófico. Walter Benjamin y George Sorel*. Santiago: Metales Pesado, 2016, 169 pp.

Walter Benjamin en su libro *Para una crítica de la violencia* (1921) –estudio temprano dentro de su obra–, se ocupa de analizar la práctica que supone una huelga y su relación con la violencia. Para ello, Benjamin analiza los postulados de George Sorel sobre este mismo tema, entablando un diálogo y una discusión sobre tal fenómeno. Sin embargo, que dos filósofos se ocupen de un tema como la huelga no configura, de manera automática, que esta sea un problema filosófico antes que sociológico o de economía política. Al menos así lo señala Carlos López en el prólogo de su libro, *La huelga general como problema filosófico. Walter Benjamin y George Sorel* (2016). Carlos López anticipa de entrada que el concepto de “huelga” se asocia de manera rápida al de trabajo, en cuanto esta presenta “la posibilidad de suspensión parcial, total, indefinida o definitiva” (11) de este. Es asertivo, por lo tanto, lo que señala el autor al afirmar que la huelga general como problema filosófico “no es de suyo una fórmula evidente” (11), pues esto le permite prever que deberá demostrar cómo converge un concepto (la huelga) en el campo de la filosofía. Tal objetivo –señala López– “lejos está” de poder concretarse como “una definición inequívoca y definitiva de lo que se entendería por una cuestión sobre la cual, por lo demás, ha corrido bastante tinta, marcando debates que probablemente no veremos concluir” (11).

El libro que nos presenta Carlos López se compone de cinco capítulos que han sido dispuestos de manera coherente por el autor. El camino de los capítulos nos lleva desde las concepciones más básicas de la huelga aludiendo a su componente histórico, pasando por la huelga general revolucionaria, hasta llegar a un epílogo abierto que da cuenta del camino que ha seguido la huelga general. En el primer capítulo, “Lenguas, experiencias e historia. De la huelga a la huelga general”, López da partida con la revisión etimológica del concepto, presentando la relación entre este y el acto al que se hace referencia. Rápidamente, el autor establece la diferencia entre la huelga (sin más apelativo) como “práctica” o “experiencia vivida” (21), de lo que sería la denominada huelga general. Esta última –advierte López– es la proyección de la suspensión universal del trabajo, cuyas posibles consecuencias (económicas, políticas y revolucionarias) jugaron un rol clave en la configuración de los mapas sociales y políticos” (21) del siglo XIX. Ahora bien, un acierto del autor es problematizar precisamente la huelga general, pues advierte que esta se manifiesta como expectativa antes que como hecho concreto “consumado”. No obstante, es cauteloso López a dar por sentada tal afirmación, ya que es consciente de que ese “juicio histórico podría estar basado en arenas movedizas” (22). Por lo tanto, el autor recurre en este primer capítulo, a un revisión histórica y teórica (Jean Maitron, Emile Pouget, Sylvain Marechal), para poder establecer lo que hasta entonces se ha dicho sobre la huelga general, siendo necesario integrar a los movimientos obreros y al sindicalismo, en medio de esta discusión.

El segundo capítulo, “Voces, palabras e imágenes. El mito de la huelga general”, retoma, manteniendo la coherencia de lo expuesto por su autor, la idea de la huelga general como un hecho no acontecido, por lo tanto, se le atribuye la calidad de mito. Para

ello López se propone “explorar [la] convergencia entre imágenes, lugares y posiciones de las voces que propagan la huelga general” (44) y le otorgan la categoría de *mito*. Se introduce la perspectiva que Jacques Rancière presenta en *La noche de los proletarios* y “la figura híbrida del proletario filósofo”, lo que deja al descubierto distintos circuitos por donde se mueve la noción de huelga general. Emerge, también, en este capítulo la imagen de George Sorel y su libro *Reflexiones sobre la violencia*, del que López rescata la noción de huelga general desde diversos ámbitos (sindicalismo revolucionario e interpretación marxista) y en diálogo con la noción que antes presentara Rancière. Por otra parte, se deja al descubierto en este capítulo la diferencia que establece Sorel entre dos tipos de huelga; una denominada política y la otra revolucionaria. López toma partido al finalizar este capítulo y esboza, con gran acierto, la reflexión de que la huelga general “es menos de lo que se le exige, es decir, la suspensión universal del trabajo, pero también es más de lo que efectivamente se muestra de ella” (44), es decir –señalará López– entre este menos y más “reside, en el fondo, el mito” de la promesa histórica de la huelga general.

En el capítulo tres, “Mitos y violencias. Walter Benjamin y la huelga general revolucionaria”, se complejiza la noción de huelga en cuanto se integra la idea de huelga general revolucionaria, sobre la que reflexiona Sorel y después Walter Benjamin. Carlos López hace una lúcida lectura del marco general en el que “se sitúa el ensayo de Walter Benjamin”; afirma este que la huelga general aparece “como figura de un medio de la política cuya expresión eventual rebasaría los mecanismos jurídicos dispuestos por el Estado para negociar demandas laborales” (80), sin embargo, esto trascendería mucho más allá, pues lo que plantea Benjamin es “subvertir la situación histórica de la vida humana sometida a órdenes superiores” (80). En este contexto se introduce la noción de violencia atendida tanto por Sorel como por Benjamin, y a través de esta se comienza a articular “la huelga general proletaria”, la que, para Benjamin, es *no violenta* y puede ser considerada como “un medio puro de la política” (96). López finaliza el capítulo planteando ciertas interrogantes sobre la problemática que se origina a partir de lo que propone Benjamin, pues si la huelga general proletaria (o revolucionaria), la que promueve un nuevo tiempo histórico: “¿es actividad o ausencia absoluta de la acción?” (105).

El cuarto capítulo, “La huelga general revolucionaria. Entre la improductividad radical y la obra desconocida”, en concordancia con el anterior, retoma las preguntas que el autor deja planteadas. López se posiciona, en principio, en el espacio que deja la mirada que tiene, por una parte, Sorel y por otra, Benjamin, sobre la huelga general [proletaria]. Si acaso esta corresponde a la “cesación universal de todo trabajo” (Sorel) o a la “preparación del desconocido tiempo por venir” (Benjamin). Para poder esgrimir una respuesta, López se sostiene del pensamiento contemporáneo en torno a esta problemática. De esa manera establece un diálogo con autores como: Uwe Steiner, Birnbaum, Carlos Salzani o Gérard Raulet para discutir la idea de huelga que presenta Sorel y Benjamin. Por otro lado, también se inserta en este capítulo la noción de *huelga aformativa* (Werner Hamacher), como una lectura contemporánea de los planteamientos de Sorel y Benjamin.

Para finalizar, en el quinto capítulo, “Trayectos de la huelga general: epílogo abierto”, el autor de este libro desmantela la realidad actual de lo que concebimos como huelga (marcha, toma, paro), identificando en esta, la forma de la huelga general política antes que revolucionaria o proletaria. Por otro lado, el autor se cuestiona si acaso es posible conocer la huelga general por sus imágenes. Pregunta que nos remite a “una de las tesis centrales de Sorel” (155) en cuanto a la huelga general como un mito. En definitiva, podemos señalar que el mayor acierto de Carlos López, autor del libro, es, sin lugar a duda, la coherencia para presentar y discutir el tema de la huelga a partir de diálogos interdisciplinarios que gravitan en rededor de la discusión filosófica que plantea primero George Sorel y luego Walter Benjamin, sobre la huelga general.

CRISTIAN IGNACIO VIDAL BARRÍA

Universidad de Chile/Universidad Complutense de Madrid

cristian.vidal.b@gmail.com